

# **desde el movimiento**

fotografía de Lucero González, serie "Ventura"



---

## La indecente diferencia

Alessandra Bocchetti

**L**as mujeres han sido habitantes del siglo XX desde tiempos inmemoriales. Pues es en el siglo XX cuando un sujeto plural, contradictorio, sustituye al sujeto pleno y coherente de la Razón clásica en la historia del pensamiento y, consecuentemente, en sus itinerarios de investigación.

Las mujeres siempre llevaron dentro de sí este sujeto plural; vivieron la imposibilidad de escindir la vida afectiva de la razón social y cultural; el cuerpo del pensamiento; la pasión de la ética; ellas desde siempre vivieron esta multiplicidad, siempre encarnaron la crisis de una razón que se suponía única y sin cuerpo y, con su silencio, con su silencio histórico, ellas representaron desde siempre una crítica radical implícita en los fundamentos de este pensamiento que resolvía todas sus dificultades suprimiendo sus contradicciones.

Nos hemos acostumbrado a vivir sin Dios, sin el concepto de Dios, lo que, como dijo Foucault, parecía una empresa loca e imposible. Así nos tendremos que acostumbrar a vivir sin el concepto de Hombre, ese Hombre que a través de su mirada consagra la realidad, y que se reclama como la única unidad de medida de lo real. La crisis de este Hombre y de su razón luminosa lleva consigo el silencio, el silencio de las "palabras fundamentales" en las cuales estaba anclado su pensamiento.

### *El silencio de las palabras*

El silencio es un tema recurrente en la cultura de principios del siglo XX, un tema muy discutido. En 1902, Hugo von Hofmannsthal escribe al respecto la "Carta de Lord Chandos", una obra emblemática.

Chandos señaló una "enfermedad del espíritu" que empobrece las palabras, les quita ese sentido acertado que habían tenido.

¡Sentía una oscura desazón solamente al pronunciar las palabras "espíritu", "alma", "cuerpo"! Sentía imposible, en mi intimidad, expresar un juicio.<sup>1</sup>

Pero es justamente el silencio de las palabras, la crisis de las palabras, lo que comienza a hacer visible un espacio muy fecundo, nuevo en posibles interpretaciones y rico en nuevas figuras.

Al apagarse la mirada unificadora y homologante del Hombre portador de la única Razón, empiezan a aparecer nuevas razones posibles. De esta situación de aparente miseria nace la riqueza teórica de nuestro siglo. Es a través de este proceso que hoy podemos pensar en el niño, ya no más como un hombre incompleto; en el hombre primitivo ya no más como un salvaje, sin cultura y sin ética; y es posible hoy, para la mujer, mirarse y ser vista en su diferencia, y ya no más "reducida" tan sólo a su diferencia.

Para pensar de este modo fue necesario abandonar la vieja imagen del mundo a la medida del hombre, de la misma manera que para el descubrimiento de América fue necesario abandonar la imagen del mundo plano como una alfombra. Desde esta distinta perspectiva ha sido posible crear nuevos lenguajes, nuevas palabras y nuevas prácticas de conocimiento.

Es así que nacen la pedagogía moderna, la antropología y sobre todo el psicoanálisis; estas ciencias son posibles sólo después de superar la mirada simplificadora, al afirmar una voluntad de conocimiento que acepta la existencia del Otro en su diferencia, sin reducirlo ni negarlo.

También el psicoanálisis nace del silencio de la Razón clásica y cobra forma justamente por la exigencia de una superación de este silencio, de esta crisis.

Superar las crisis no significa encontrar fuerzas para confirmar viejos valores, sino encontrar nuevos valores, nuevas palabras. El psicoanálisis desplaza la palabra Hombre, la idea de un Yo pleno, coherente, único, y la sustituye por un Yo dividido, plural, poliforme; un Yo que ha sido, precisamente, la experiencia que las mujeres siempre tuvieron.

---

<sup>1</sup>H. von Hofmannsthal, *Carta de Lord Chandos* (1902), Rizzoli, Milán, 1974, p. 41. Para este argumento, remito al hermoso ensayo de Franco Rella *El silencio y las palabras*, Feltrinelli, Milán, 1981.

No es necesario recordar aquí que el psicoanálisis nace de escuchar lo que dicen los cuerpos de las mujeres. Ya Nietzsche había hecho entrar de manera violenta el cuerpo en la filosofía, pero es sólo con Freud que comienza a ser desarrollado un "saber" del cuerpo y sus razones, y se inaugura un proceso que empieza a llenar justamente ese vacío, ese silencio que la muerte de la Razón clásica había dejado. Desde la reaparición de aquello que había sido removido por la historia y la cultura es que el lenguaje y la práctica psicoanalítica empiezan a tomar forma.

Freud descubre el inconsciente mediante los cuerpos de las mujeres. Pensándolo bien, el inconsciente es el primer gran descubrimiento del cuerpo femenino. Todas sabemos, en efecto, cómo el cuerpo femenino ha sido descuidado, ignorado y no visto por las que, comúnmente, llamamos ciencias, que durante mucho tiempo continuaron produciendo sobre él más supersticiones que conocimientos.

Pero no se trata de vincular el sentido del "descubrimiento" de la mujer con el psicoanálisis, sino con todo ese proceso de nuestro siglo, de crisis y superación de las crisis, de silencios, de palabras y de invenciones de palabras nuevas. Paradójicamente son el silencio de las palabras y la necesidad de superar este silencio son los que ponen fin al silencio de las mujeres. Pues ¿cómo hubiera podido la mujer reconocerse y por lo tanto pensarse y por lo tanto producir pensamiento a través de un Yo entero, pleno y sin cuerpo, ella que es portadora por excelencia de un Yo múltiple, portadora simultáneamente de cuerpo y de alma, de pasión y de razón?

Sólo ahora, en el seno de este proceso que nos incluye a todos, hombres y mujeres, "surge" su ser<sup>2</sup> de los pliegues mudos de la historia. Sólo hoy, a través de la afirmación de un ser múltiple y contradictorio, las mujeres se encuentran en un espacio teórico, con la posibilidad de producir un discurso.

Para la apertura de este espacio fue necesaria una crisis: el silencio de los hombres y de sus palabras llenas. Sólo a través de este proceso de pérdida de sentido y de adquisición de nuevos sentidos, la mujer se encuentra a sí misma como sujeto, y ya no sólo como objeto de conocimiento. Este pasaje del silencio al discurso no pertenece sólo a la historia de las mujeres, sino a la historia "a secas"; no fue necesario

---

<sup>2</sup>Tomamos esta metáfora de Benjamin, que la usa a propósito de la "actualidad" de la historia. W. Benjamin, "Tesis de filosofía de la historia" en *Angelus Novus*, Einaudi, Turín, 1981, p. 83.

ningún aprendizaje, ninguna evolución, ni un itinerario gradual. Las mujeres no llegaron a la teoría, sino que se descubrieron en la teoría.

### *El silencio de las mujeres*

Mucho hemos hablado del silencio de las mujeres, de la ausencia de sus palabras en la historia. Es un discurso que nos asusta: vivimos este silencio, esta ausencia, como un profundo y secreto signo de nuestra mísera condición. Por eso algunas mujeres se han dedicado a un trabajo duro y paciente para descubrir poetisas, músicas, pintoras y arquitectas que han estado olvidadas o escondidas. Intentamos de este modo desmentir un pasado mudo e incómodo, o simplemente compadecemos. Pero es siempre la idea de la miseria de las mujeres lo que inspira estos esfuerzos.

Nosotras creemos que el silencio de las mujeres seguirá apareciendo, volverá y actuará como un fantasma en nuestro hacer y pensar mientras no logremos darle un sentido, colocarlo en una perspectiva histórica del pensamiento, llenarlo de saber; mientras no cambiemos, en suma, la habitual perspectiva desde la cual podemos leerlo, es decir, la implícita miseria de las mujeres. Nuestra hipótesis es que deberíamos tomar el silencio de las mujeres no como un signo de su pobreza de lenguaje, sino como un signo de la pobreza del lenguaje en sí.

Oímos decir a menudo que hay que vengar el silencio de las mujeres; sin embargo, solamente "reivindicándolo" es que podemos abrirnos al discurso y hacer que un discurso se abra. Para hacer esto es necesario ver el silencio de las mujeres no como un signo de incapacidad, sino como el signo de una imposibilidad, de una "resistencia".

Debemos investigar esos pocos ejemplos de mujeres que lograron dejar una huella de sí mismas, esos pocos ejemplos que temenos de "pasado pleno" para encontrar el sentido de este "pasado mudo", porque sólo allí está el depósito de los sentidos que puede informar nuestra palabra de hoy.

Si hablamos del silencio de las mujeres a menudo se nos objeta razonablemente que no consideremos también cuántos hombres en la escena de la historia han quedado mudos, y aquí despunta el discurso púdicamente callado de la genialidad de los hombres frente a la poca

genialidad de las mujeres. Pero el verdadero silencio se da cuando se calla algo, cuando no se nos incluye en el discurso, por lo que no se da cabida al ser escuchado, cuando no hay "palabras para decirlo". Un hombre mudo más anónimo que haya existido, no fue silenciado ni ausente, porque los valores que informaban sus acciones y pensamientos eran reconocidos por un discurso que, si bien externo a él, lo comprendía.

Por largo tiempo la reina de este discurso fue la Razón; ella garantizó un luminoso y límpido punto de vista del mundo y de la naturaleza inocente y cristalina del obrar de los hombres, separando lo verdadero de lo falso, lo justo de lo equivocado, lo bueno de lo malo, la locura de la cordura, el rico del pobre, la vida de la muerte. Esta Razón no podía sino remover ese territorio incierto y contradictorio que es el mundo de los afectos, de los sentimientos; el discurso allí se volvía confuso, difícil allí definir lo verdadero, lo bueno, lo cuerdo.

La representación de este territorio caótico fue confiada casi exclusivamente al cuerpo de la mujer. El cuerpo de la mujer fue el lugar de reposo al cual volver de las guerras y de las ideas y fue también el lugar del cual escapar de nuevo, espejo espantoso de un posible mundo poco claro. Es así que las mujeres se encontraron como casi las únicas habitantes de ese territorio que sólo hoy, en nuestro siglo, empieza a aflorar. Sólo hoy podríamos empezar a separar (si esto significara algo) a las mujeres que quedarán mudas de las que hablarán. Muchos sacrificios fueron necesarios para dar la palabra a las mujeres, muchas negaciones, y poco o nada se produce negándose a sí mismo.

### *Lo reprimido-suprimido*

Trabajar entonces sobre el silencio de las mujeres, sobre sus escasas palabras para entender mejor el silencio que las rodeaba y buscar en esas pocas palabras su mutismo privado, es decir, no tanto lo que decían cuanto lo que callaban, significa trabajar sobre lo descartado, lo suprimido; sobre un material que por largo tiempo la Razón ha dejado de lado, percibiéndolo opaco, sordo, sin sentido. No debemos pensar que ésta es nuestra tarea privada, nuestro difícil camino de mujeres; es el único trabajo posible de nuestro tiempo, es el itinerario actual de la cultura. Freud descubrió el inconsciente al buscar y encontrar sentido en

lo descartado. Tal era la histeria de las mujeres: sin sentido y opaca para la grande Razón. Hoy se estudia el lenguaje del delirio; en la vida de la gente hoy se estudia la historia.

Se estudia lo descartado, lo reprimido, los silencios, las no respuestas, y este itinerario es para todos abrupto e incierto. El camino de la sabiduría ya no es claro, ni directo, ni continuo; a menudo está escondido, es subterráneo, interrumpido, y justamente quien lo recorre no puede sino seguir huellas, signos, en un material aparentemente pobre, de descarte.<sup>3</sup> En este sentido el trabajo de quien hoy hace trabajo cultural se define mejor como trajín.<sup>4</sup>

Pero ¿qué significa para nosotras trabajar sobre lo descartado? y, sobre todo, ¿qué es lo que ha sido descartado?

Hemos hablado mucho de nuestra condición oprimida, hemos denunciado nuestra infelicidad y la injusticia de cargar con un “destino” demasiado pesado sólo por ser mujeres. Todas conocemos los contenidos de estas denuncias en tanto forman parte de nuestras vidas. Pero todo esto representa sólo una parte de nuestra experiencia; no está reprimido por nadie, ni por nosotras ni por la cultura ni por la organización social: la sociedad conoce esta injusticia, la conoce porque la practica a través de las leyes del código, de la moral y de la tradición.

Lo reprimido no es nunca lo que se practica según la razón, es lo que la razón no sabe y no quiere saber. Lo reprimido muchas veces es mudo: ya sea escondido o evidente, yace todavía sin sentido. Puede hacernos proceder hacia nuevos sentidos sólo si a su vez es llenado por ellos; es un espacio todavía vacío de conocimiento.

### *Placer*

Un territorio que ha sido descartado para nosotras, y no sólo para nosotras, es el del goce. En efecto, el goce de las mujeres no puede ser sino transgresor en el seno de un sistema de valores que marca a la mujer como “mater dolorosa”. Las mujeres no hablan de ello, nadie habla, o

---

<sup>3</sup>A este propósito remitimos al ensayo de C. Ginzburg “Espías. Raíces de un paradigma indiciario” en *La crisis de la Razón* a cargo de A. Cargani, Einaudi, Turín, 1979, p. 57.

<sup>4</sup>Aut. 182–183 marzo, junio, p. 1.



sólo se habla lo suficiente como para colocarlo en ese territorio metafísico que es lo inefable.

Pero ¿qué significa hablar de los propios goces?, ¿qué es el gozo de las mujeres?, y ¿cuál es el imaginario que los contiene?

No hay que creer que ir en busca de los propios goces, intentando trazar una genealogía del placer, significa una reconquista del territorio de lo femenino por parte de quienes quieren ver a las mujeres "alegres" y serenas. Creemos, al contrario, que de este modo, se abre el camino más despiadado, en donde es posible tocar el fondo de la propia miseria y experimentar la tristeza más grande.

El goce, en efecto, es esa porción de la vida de las mujeres que el "poder-saber" no conoce, y que al mismo tiempo permite a este poder-saber perpetuarse: es lo que lo excede y lo que, al mismo tiempo lo mantiene vivo.

Nosotras las mujeres nunca hemos abierto este discurso porque, justamente, tenía que ver con aquella parte de nosotras que se nos aparecía como "perdedora", la parte de nosotras connivente con el mismo poder que nos oprime, nuestra parte reaccionaria. Nosotras mismas la hemos descartado, a menudo quitándole valor, leyéndola como pequeña locura secreta, o escondiéndola como se esconde un robo, un acto ilegal. Nunca la hemos considerado digna de ser analizada, o cuando se lo ha hecho, fueron análisis muy prudentes, titubeantes y asustados, que partiendo de lo imaginario masculino se encontraban luego encerrados en la trampa del masoquismo, llave interpretativa para todas las puertas de lo femenino. Sin embargo, nos parece que éste es el territorio más fecundo para un análisis de lo femenino como diferencia, en el intento de hacer aflorar los valores que están sumergidos en él, los sentidos distintos, otros, a los cuales alude.

Contar, analizar los propios "goces", genera un discurso y no una denuncia. Este es un análisis que sólo los sujetos femeninos pueden emprender: si denunciar la injusticia es un discurso que pueden decir todos los justos, el goce de las mujeres es tan poco aceptado, institucionalmente tan trasgresor para ellas mismas, tan secreto, que sólo las mujeres pueden hablar de él.

A menudo, frente a tal discurso las mujeres contestan con cierta desazón, como si se les estuviera sustrayendo el nudo central del discurso feminista: la opresión, el poder del hombre. Partir del poder del hombre fue una fase importante de nuestro itinerario. Pero para abrirnos a

la idea de una “construcción”, es decir, de una superación de la fase de la denuncia, es necesario empezar a contarnos y analizar lo que escapa a este poder, lo que lo excede, lo que se le esconde. Es necesario deshacernos del aspecto mitológico tanto del poder masculino como de la opresión de las mujeres. Y con esto no estamos negando que existan.

El pasado mudo de las mujeres, sus escasas palabras, no pueden liquidarse tan sólo con una denuncia. Es importante comprenderlo, así como es imprescindible entender también nuestras incertidumbres, nuestras ansias, nuestros pudores, nuestras “resistencias” respecto de la cultura y de lo social.

En suma, debemos empezar a hacer un recuento y a hablar no de cómo las mujeres fueron oprimidas, sino del por qué no se han rebelado; y cuando lo han hecho, qué condiciones fueron necesarias para que esto ocurriera. Esta investigación, en cualquier período histórico, no nos dará una información histórica, sino un conocimiento actual; y viceversa, un nuevo conocimiento de nosotras mismas llenará de sentido lo que había aparecido chato a la “mirada simplificadora de la costumbre”.

### *La resistencia*

Leer el silencio de las mujeres como signo de “resistencia” a un discurso que no las tomaba en cuenta no es cerrar un problema con una solución; es, en todo caso, abrirlo poniendo en juego nuevos datos.

Todavía es necesario buscar las raíces de esta “resistencia”, y del imaginario que las genera.

Un lugar de resistencia para las mujeres es la creatividad. Sabemos con cuanto afán las mujeres hablan de sus problemas con la creatividad en algunos seminarios, sobre todo en los seminarios de literatura.

En uno de ellos, una mujer contaba cómo le parecía inadecuada su escritura, cuán pobre y falsa su tentativa comparada con la plenitud de sensaciones que quería comunicar.

Si —se preguntaba— el arte y la creación artística son el lado femenino de los hombres, son su procrear, ¿por qué es tan difícil para las mujeres? ¿Qué es lo que nos impide acceder a ello?, ¿qué lo hace tan dramático?

Y agregaba,

---

... y aún en los casos más felices me asusta, de todos modos, el resultado. Me asusta el suicidio de Virginia Woolf, la cabeza en el horno de Silvia Plath, o Emily Dickinson encerrada durante veinte años en su cuarto, sin querer salir de él sino muerta.

Precedía esta pregunta una intervención de otra mujer que había afirmado que quizás era necesario aprender a "hacer los libros como hacemos un hijo". Raro ejemplo de uso de lo materno como metáfora; en general, nosotras las mujeres no somos capaces nunca de usar la explotadísima metáfora de lo materno. Nosotras, justamente nosotras, nos mantenemos bien lejos de ello, como si esta lejanía nos garantizara nuestra salvación privada.<sup>5</sup>

Esta mujer, entonces, había dicho:

Para hacer un libro es necesario perderlo, aceptar que no se nos parezca, asistir a su vida, compartirlo con otros. Mi hijo está allí, él es otro de mí aunque yo no soy otra de él; sé que me traicionará, que me dejará, que su recorrido no será el mío, pero éste es el único modo para hacerlo existir.

Esta mujer, por lo tanto, teorizaba la escritura, la creatividad como un ejercicio de abandono. Tal es, en efecto, la escritura: un inevitable producto parcial de una interminable totalidad personal, fruto de una infidelidad a la plenitud del propio Imaginario, signo de un abandono, de una renuncia a esta plenitud.

Y así es también la maternidad real, una inevitable confrontación entre nuestro hijo de carne y hueso y nuestro hijo imaginario, el "niño de la noche", como lo llama Silvia Vegetti Finzi,<sup>6</sup> ese niño que todas las mujeres llevan dentro de sí, al que tenazmente se aferran, lo cual a menudo las lleva a rechazar la maternidad real. El niño verdadero no es sino una infidelidad del niño pleno, indivisible de nosotras, de nuestro Imaginario.

Y es desde este mismo punto de vista que la otra mujer se preguntaba, con razón, cómo es posible que, si la creatividad pertenece a la misma economía de lo materno, fuese de tan difícil y dramático acceso para las mujeres.

---

<sup>5</sup>Lo materno no puede producir metáfora en sujetos que lo producen y que son portadores de ello; la figura gramatical posible ¿es quizá sólo la metonimia? A este propósito remitimos al ensayo de Luisa Muraro, *Tejido y crochet*, Feltrinelli, Milán, 1981.

<sup>6</sup>Silvia Vegetti Finzi ha dado en nuestro Centro el 27 de abril de 1982 una conferencia cuyo título era "El niño de la noche", en la cual refería los resultados de sus investigaciones sobre lo imaginario femenino.

Fue partiendo de esta reflexión y de esta pregunta que el seminario trató de analizar las experiencias fundamentales de la vida de las mujeres en términos de "economía de abandono".

El abandono del cuerpo de la madre con el nacimiento es una experiencia común a los dos sexos, así como el abandono de la "figura" de la madre, y de su mundo, para entrar en el mundo de la Ley del Padre. Pero esta segunda separación es más dura para una mujer, pues el abandono de la madre representa, inevitablemente, la negación de sí misma.

La sexualidad que nos liga a la madre es el territorio de otro abandono. Las mujeres sólo volverán a encontrar el cuerpo materno transgrediendo la ley que quiere a la sexualidad femenina como complemento de la masculina y ligada a la reproducción. De todos modos, también la posible transgresión es un gesto marcado por el abandono, ya que nos separa del contexto social, es decir, nos hace "distintas".

En la sexualidad a las mujeres les es consentido actuar el imaginario masculino que las ve como madres. Pero su imaginario materno es, de hecho, negado, sepultado. Desde este punto de vista, la propia maternidad aparece como un "shock de memoria involuntario": la mujer es la única que experimenta de nuevo la fusión total con otro cuerpo; al final de esta experiencia se encuentra siempre la separación. Es en este momento que la figura de la madre amada-odiada reaparece con toda la violencia de una vieja negación.

Las consecuencias de todo esto en el cuerpo de una mujer y en su imaginario, todavía no las conocemos. Pero es probablemente en la química de estos eventos que será posible indagar lo que nosotras llamamos el "tiempo de las mujeres", con su tenaz dinámica entre pasado y presente, y con la dificultad de imaginar el futuro.

Una mujer dijo:

Las mujeres hacen el futuro, no lo imaginan. Hacen el tiempo, no lo piensan. Cuando yo cocino sola en casa, siento que estoy manteniendo con vida a mis hijos, que estoy "haciendo" su regreso. Debe ser también así porque cocino desde hace veinte años y odio cocinar.

Pero los itinerarios de abandono para las mujeres no terminan en el cuerpo de la madre o en el cuerpo del hijo; continúan también en otros posibles planos.

Para el acceso al pensamiento se le pide a la mujer que se olvide de su cuerpo sexuado. Las palabras: ser, individuo, persona, sujeto, funda-

mentales vehículos del pensamiento occidental, no son sino aparentemente neutras.

Con el paso del tiempo la mujer pierde juventud y belleza y pierde ese enorme territorio simbólico en una economía de representación que puso a la mujer en el rol de presa.

Y todavía . . .

El seminario trabajó mucho sobre estas reflexiones, enumeró los lugares de pérdida y la economía femenina apareció profundamente marcada por el "abandono". Pero se descubrió, en todo esto, lo imaginario como lugar de férrea resistencia, como escondite secretísimo en donde la mujer celosamente conserva su entereza, en donde conserva, hasta cuando puede, su "niño de la noche" y donde se resiste a la creatividad, último posible lugar de pérdida de sí misma, no obligatoriamente escrito en su destino y, por lo tanto, la elección de la creatividad es particularmente dramática.

Hablar de "resistencia" es, de todos modos, hablar de pasividad, no de actividad. La mujer, criatura de abandonos, enfrentada a la creatividad, otro lugar de abandono, pone una especie de resistencia y de rechazo que marca con enorme sufrimiento y fatiga su posible experiencia en este campo.

El resultado de este seminario ciertamente no consoló a esa mujer, a quien su escritura le parecía tan inadecuada. La nuestra no es una práctica consoladora, como tampoco lo es la práctica del saber, pero seguramente tuvo una clave de por qué Emily Dickinson decidió permanecer encerrada en su cuarto durante veinte años, en un intento dramático de representar, por lo menos en el espacio, una clausura que la protegiera y preservara su entereza, para contrabalancear su pérdida, su ser cuerpo abierto en la escritura.

### *Lo imaginario*

Lo imaginario de las mujeres es, entonces, un depósito de plenitud, la raíz del goce. Lugar tanto más cerrado y secreto cuanto más ha sufrido abandonos el ser al cual pertenece.

Este es, sobre todo para nosotras, un territorio todavía entero para investigar. Nosotras conocemos el imaginario masculino que nos habita:

lo materno "que da", que está llamado a dar; pero lo imaginario materno "que toma", más celosamente guardado, ese imaginario femenino, sólo es posible conocerlo entrando a una nueva fase de hablar sobre nosotras mismas.

La mujer que odiaba cocinar y cocinaba desde hacía veinte años, revelaba lo que puede haber detrás de las "costumbres" de las mujeres. "Costumbre": un cuerpo que se hace tiempo, paz, repetición, reposo para el hombre y querido lugar de retorno después de sus aventuras. Sólo las mujeres, organizadoras de las costumbres, saben qué abismos, qué terrores, qué obsesiones, qué locos goces esta tranquila palabra esconde para ellas. La "manía" de esta mujer es sin duda lo que ha suprimido secretamente su buen sentido de madre de familia, y, pertenece más a lo imaginario "que toma" que a aquél "que da". Reflexionando sobre esta "supresión", lo que escapó a la chatura de la evidencia se revirtió a sí mismo. Pero para hacer esto fue necesario asumir un punto de vista desde el cual "... lo familiar aparece como desconocido y lo conocido como extraño" <sup>7</sup>.

La reflexión de esta mujer nos parece emblemática. En efecto, el material para indagar un tema como la "diferencia" no es sino la otra cara, la secreta, la indecente de nuestras experiencias y de nuestra vida: nuestros conformismos, nuestras resistencias; nuestros goces secretos, nuestra habilidad visionaria, las verdaderas razones de todo lo que yace en el fondo más recóndito de nuestro imaginario.

### *La diferencia*

Abrir esta nueva fase de hablar de nosotras mismas no descubre ciertamente, ya lo hemos dicho, nuevas áreas reivindicativas, pero puede llevar al descubrimiento de un nuevo autoconocimiento por parte de las mujeres: el saber de la diferencia.

Detrás del discurso reivindicativo de las mujeres siempre estuvo la idea de la igualdad entre los sexos. Si esta reivindicación es justa y necesaria en el plano social, no es, sin embargo, ni exhaustiva, ni satisfactoria, ni generadora de conocimientos para sujetos que son distintos o que han sido transformados en tales. Es, paradójicamente, el discurso de la

---

<sup>7</sup>Nadia Fusini, "Mujer-grafía", en *Memoria*, núm. 3, marzo de 1982, p. 89.

igualdad entre los sexos el que devela la "opresión de las mujeres", y que simultáneamente crea la conciencia de esta opresión.

Este discurso nació simultáneamente a la necesidad de emplear mano de obra femenina en las fábricas. Era razonable, en efecto, para las mujeres, no pensarse distintas para poder asumir roles iguales a los de los hombres, que las llevarían fuera de sus casas. El lugar de la diferencia, entonces, se restringió, se redujo al salario desigual, al doble trabajo en la casa y en la fábrica, a la negación del derecho al voto. Eran estos los lugares a los cuales les era confiada la representación de la diferencia, en donde la diferencia se transformaba simplemente en desigualdad, en desigualdad en contra de la cual las mujeres, con justicia, han luchado y continúan luchando.

Antes del necesario discurso sobre la igualdad entre los sexos, el discurso de la diferencia fue más amplio y fue manejado por los hombres en cuanto hombres, cuyo saber explicaba a las mujeres o como animales y parte de la naturaleza, o como incapaces o inferiores.

Es lícito preguntarse por qué frente a este pensamiento que imponía a las mujeres reglas muy rígidas para observar condiciones de vida a menudo mucho más duras, las mujeres no se rebelaron.

Una de las respuestas posibles es que pensar a las mujeres como *otros*, animales, o inferiores, o incapaces, significaba, de todos modos, hablar la diferencia y practicarla; significaba garantizar la separación de dos mundos, ambos con leyes propias y reglamentos, dos espacios distintos, dos dominios.

Todavía hoy podemos encontrar huellas de este mundo separado femenino. La figura de la madre entre los campesinos del sur de Italia es "otra", distinta, pero también ésta posee sus leyes, sus espacios.

Ahora bien, si pensamos en nuestra generación, en la poca "suerte" de nuestros matrimonios, en el irrisorio y a menudo precario equilibrio emocional de todas nosotras, nos damos cuenta de que nuestra generación fue, quizás, la primera en intentar verdaderamente vivir con los hombres: escuela, universidad, política, viajes, tiempo libre, discursos, pensamientos.

Nos fue mal, quizás porque silenciamos el discurso de la diferencia; porque tratamos de negarlo. Este discurso nos parecía reaccionario y así, en efecto, había sido desde siempre, pero podría ser otra cosa si fuese usado no como instrumento de negación del otro, sino como itinerario de conocimiento de sí mismas por las mujeres.

La reivindicación en el movimiento feminista de un separatismo de tipo político contenía ya este discurso. Si el antiguo separatismo-negación cerraba las puertas al conocimiento del otro, el separatismo de los lugares políticos de las mujeres de hoy alude sobre todo a un posible conocimiento de sí mismas en la diferencia, pero abriendo el discurso de la "diferencia" como afirmación.

Este pensamiento de la diferencia que lleva al conocimiento y no a la negación toma necesariamente forma buscando lo que escapa a la evidencia, entre los pliegues secretos de nuestras experiencias, en lo que excede la norma.

El viejo discurso de la diferencia afirmaba la maternidad como punto principal: "la mujer como es madre no puede... no debe..."; se transformaba, por lo tanto, en un discurso prescriptivo, negativo, anclado a lo evidente. Pero qué cosa es una madre, sólo una madre puede decirlo.

La maternidad, por otro lado, ha sido ubicada, prescrita, entre los actos buenos, hasta sagrados. Pero qué hay de "indecente" en la maternidad sólo una mujer puede decirlo.

"Lo ambiguo materno", el tema único que propusimos hace unos años, planteaba la hipótesis de lo materno en el territorio de la pasión, era un intento por analizar la *indecencia* secreta de esta experiencia.

### *La indecencia*

Por "indecencia" entendemos aquello de lo cual no se habla, aquello de lo cual se supone que es mejor no hablar. Nuestra tentativa era la de llegar a hablar de lo que excede el rol materno prescrito por las leyes, por el sentido común y por la tradición, explorando los goces y la condenación de esta experiencia o de la posibilidad de esta experiencia.

Desde 1700 en adelante, la pasión es excluida de la filosofía. El pensamiento de la Razón admite su representación sólo en el teatro y en las novelas. La pasión es exilada. Pero el tema de la pasión todavía no está de moda hoy. Nuestro tiempo, el tiempo en el cual se piensa el futuro, no puede sino descartar este excesivo sentimiento, porque sólo le pertenece el tiempo presente.



La pasión, en efecto, es el sentimiento indecente por excelencia: nos hace salir del “tiempo del proyecto”, no construye ni destruye sino a sí misma, no representa sino una experiencia irremediamente privada, su instauración determina una pavorosa relativización de lo real.

Asignando estos contenidos a lo materno, parecería que nos acercáramos a esas tesis que pertenecen a la cultura de derechas de principios del siglo XX, particularmente al discurso de Weininger. En *Sexo y carácter*, Weininger habla de la mujer, de la madre, como de un ser amoral, y del amor materno como inmoral. Afirma que la maternidad “no representa una relación con un Yo de otro, sino, desde el principio, una especie de simbiosis”.<sup>8</sup> Por lo tanto, Weininger habla de la indecencia de la maternidad, de lo materno, pero como su pensamiento estaba dirigido hacia la afirmación desesperada de valores que se desmoronaban delante de sus ojos (escribe *Sexo y carácter* en 1902) no pudo sino concluir que “la mujer no es nada, es solamente materia”,<sup>9</sup> sólo puede descartarla como sujeto.

Pero, ¿cuáles eran esos valores que se estaban desmoronando, que ya no eran fuentes de conocimiento, y por lo tanto, justamente, estaban siendo abandonados, superados?

Era abandonado el concepto de un Yo pleno de unidad y de lo real. Ya Freud afirmaba que su sujeto plural tomaba la forma de un Yo dividido, plural y poliformo, un Yo por excelencia femenino, como bien suponía Weininger.

Pero hoy es justamente este Yo plural el que se pregunta lo que Weininger no quería preguntarse: ¿a qué otra moralidad alude la amoralidad de la mujer?, ¿qué valores son sobreentendidos en su secreta indecencia?, ¿qué otra imagen del mundo formulan las necesidades de este sujeto distinto?

También Freud clausuró su vida y su trabajo con la pregunta: “¿Qué es lo que quiere una mujer?”, último y honesto interrogante de alguien que tanto había estudiado y trabajado justamente sobre el cuerpo de las mujeres. Este interrogante alude a la existencia de un punto de vista que Freud mismo no había sido capaz de encontrar.

“¿Qué es lo que quiere una mujer?” es, por lo tanto, la pregunta que nos hacemos a nosotras mismas, no tanto para encontrar una respuesta, sino para encontrar una formulación distinta. Un enigma es una

<sup>8</sup>O. Weininger, *Sexo y carácter*, Feltrinelli Bocca, Milán, 1978, p. 230.

<sup>9</sup>O. Weininger, obra citada, p. 295.

frase alusiva, que alude a un objeto sin develarlo. Los materiales de su formulación son todo lo que ha sido reprimido, los descartes, la memoria, las disonancias, las semejanzas que este objeto escondido evoca en los ojos y en la experiencia de quien lo formula.

Walter Benjamin, de niño, bordaba sobre papeles y cuenta en su *Infancia berlinesa* cómo, sin embargo, se interrumpía a menudo y su mirada era capturada por el revés de este bordado, allí donde los hilos mostraban una trama desordenada, la indecencia del bordado, justamente.<sup>10</sup>

Esta nos parece una parábola extraordinaria del trabajo que queremos llevar adelante. No podemos sino mirar el revés del bordado para saber quiénes somos y qué queremos. Continuar el bordado o deshacerlo significaría, en el primer caso, quedar en una no-conciencia obediente y, en el segundo caso, negar nuestra historia en nombre de una utopía que, honestamente, no tenemos.

Damos este tema, también este año, para la reflexión de las mujeres del Centro, para ese trabajo que en otro lugar es improbable o inadmisibles, o, simplemente, no está consentido porque es poco ortodoxo: un continuo enfrentamiento entre imaginario y saber.

---

<sup>10</sup>W. Benjamin, "El cesto de trabajo" en *Infancia berlinesa*, Einaudi, Turín, 1973, p. 101.